

a contrario que el primer Borbón creó una dinámica nueva de relación con las elites, en particular a través de la venalidad de oficios, de la cual estos refugiados se vieron marginados.

La política de la Monarquía española que se desdibuja a lo largo del libro es interesante. Primero, el estudio confirma lo que se observó en otros ámbitos: los canales de decisión eran múltiples, a veces concurrentes, nunca unívocos. Así, la decisión de conferir pensiones, ayudas extraordinarias y otros favores a los refugiados se podía tomar en Madrid pero también en Bruselas, donde los gobernadores se beneficiaban de reducidas parcelas de autonomía financiera, y era fruto de los pareceres en varias ocasiones opuestos de responsables de Bruselas y de Madrid. Inútil decir que los refugiados intentaron sacar partido, con éxitos variados, de los conflictos de poder y lograron, en algunos casos, imponer su propia visión de la política a seguir, con lo que la decisión no fue únicamente una imposición desde arriba. Corolario, una política de ayudas que variaba en función de las relaciones de Felipe II y Felipe III con Enrique IV, pero también de la identidad de los refugiados y los servicios que pudieran ofrecer, de las relaciones de fuerzas que existían en la corte de Bruselas y de la evolución del estatuto de los Países Bajos en la Monarquía. A partir de 1598, los monarcas españoles optaron por cierta prudencia, evitando retribuir excesivamente a los refugiados demasiado visibles, como Boucher, para no suscitar conflictos con el rey de Francia, y esforzándose por transformar las mercedes por servicios en puros actos de caridad para con refugiados desvalidos. En todo el periodo, esta política fue una administración de la gracia Real. Los aliados políticos de la primera hora se transformaron rápidamente en asistidos. Las reformas sucesivas de las mercedes, no aplicadas, o sólo parcialmente, permitían recordar a los refugiados que se trataba de favores, consolidándose así la dependencia de aquéllos. Incluso se tardó en contestar sus peticiones para reforzar su fidelidad. Una política que, a todas luces, no se circunscribía al mantenimiento de un partido español.

DIEFENDORF, Barbara B. *From Penitence to Charity. Pious Women and the Catholic Reformation in Paris*, Oxford University Press, New York - Oxford, 2004, 340 pp. ISBN 0-19-509582-0, por Marco Penzi (EHESS, París – prohistoria)

La historiadora americana Barbara Diefendorf relata en este libro el despegue y la evolución de la *pietas* y de la *caritas* femeninas francesas en el *siglo de los santos*, con una mirada particularmente centrada en la ciudad de París.

En el centro de este estudio se ubican las fundaciones de conventos femeninos en Francia, entre 1600 y 1650. Contando los hechos y reconstruyendo los retratos de las mujeres que estuvieron en el origen de estas fundaciones conventuales y más tarde caritativas, la autora prueba que la *gender history* puede ser erudita, históricamente valiosa e interesante para comprender el Antiguo Régimen y sus prácticas sociales, y también relevante para todos los colegas, incluso para aquellos que parecen desinteresarse por este tipo de historiografía por meros prejuicios.

Este trabajo sobre la *contra-reforma católica* francesa en femenino pone el acento sobre dos puntos: primeramente, sobre una problemática historiográfica que ha considera-

do el rol jugado por las mujeres en la ofensiva católica postridentina como menor. La historiografía que estudió las fundaciones conventuales femeninas francesas ha continuado la línea de una literatura de época muy misógina, típica del siglo. Esta visión característica de una literatura del siglo XVII, mostraba a las mujeres devotas simplemente como obedientes de las perentorias órdenes de los clérigos, de sus confesores o sencillamente sumisas a las estrictas reglas de la vida monacal. Para la autora –que no esconde su insatisfacción con tal historiografía desde las primeras páginas de la introducción–, el rol jugado por las mujeres no solamente fue importante sino en muchos casos *fundamental* en el desarrollo de la religiosidad de comienzos del XVII.

La historiografía *revisionista* –como la define la autora, es decir, aquella que analiza los datos más allá de las tradiciones confesionales– se dedicó hasta ahora a minimizar la importancia del lugar ocupado por las mujeres en la Reforma Católica. A menudo, las mujeres que participaron fueron representadas como historias de vocaciones trucas, visión que no ha hecho sino reforzar la idea de que la Contra-Reforma Católica no sólo no estaba atenta a las iniciativas femeninas sino que, además, era salvajemente hostil a las mujeres mismas.

Diefendorf, pintando una serie de retratos de mujeres que trabajaron activamente en este sentido, demuestra que la reconquista postridentina, para Francia, fue el fruto de una vasta colaboración entre clérigos y laicos, pero sobre todo entre hombres y mujeres, en partes iguales. La autora pone el acento en el hecho de que no fue la Iglesia la que encaró la construcción de los conventos, sino que los mismos fueron levantados gracias a iniciativas de particulares que, en el caso parisino, fueron mujeres laicas, casi siempre esposas o viudas de ricos aristócratas y oficiales del rey.

Estas mujeres, hijas de la elite francesa de comienzos del siglo XVII, tuvieron entonces un rol principal en la fundación y en la gestión de los conventos. Para el periodo en estudio, ellas encontraron impulso tanto en un ardor religioso, que las muestra como fundadoras pero también como religiosas y luego como administradoras, como en los clichés sociales que pretendían que una viuda, si no se consagraba a Dios, debía al menos operar a favor de los pobres. Así, ellas mostraban su *moralidad* a toda la sociedad.

El segundo punto sobre el cual Diefendorf basa su estudio está perfectamente resumido en el título de su libro: *de la penitencia a la caridad*. Reconstruyendo la evolución de la reconquista católica en femenino, la autora muestra los cambios en la espiritualidad francesa durante el periodo comprendido entre el fin de las guerras de la Liga Católica y la Fronda.

Esta evolución parte del análisis de que las primeras “devotas”, como la bienaventurada Barbe Acarie, experimentaron sobre ellas mismas lo que fue, para Francia, una nueva forma de religiosidad que encontraba sus raíces en el fervor místico penitencial que las guerras de religión habían causado entre los católicos.

Esta espiritualidad, inclinada a la penitencia interior, era típica de los periodos agitados de la guerra civil y de religión mantenida en Francia a finales del siglo XVI, acompañada de la visión de un mundo en vías de hundirse en el pecado y la herejía. Frente a estos

males, la respuesta de los católicos franceses había sido una investigación interiorizada de una relación mística con Dios, pero también prácticas penitenciales duras –para las mujeres siguiendo los ejemplos de Santa Catalina o Santa Teresa– a cumplir en privado con la *disciplina* o públicamente en procesiones penitenciales típicas del periodo de la Liga.

Estas formas de religiosidad, esencialmente medievales, con el desarrollo del siglo fueron progresivamente reemplazadas (aunque no completamente abandonadas) por una búsqueda no de mortificación de la carne sino de la *caritas* hacia los otros, en particular las mujeres.

Reconstruyendo este proceso, Diefendorf subraya la evolución que se operó en la religiosidad de lo que la historiografía ha denominado el *partido de los devotos*.

De un origen que encuentra sus raíces en una investigación interiorizada, fruto del periodo de guerras de religión y que es común a los católicos devotos (los *liguistas*) y a sus adversarios (los *politiques*) –fueran ellos hombres o mujeres–, Diefendorf logra desmontar la importancia de la predicación operada por San Francisco de Sales y San Vicente de Paul sobre este cambio que caracterizó particularmente los establecimientos y fundaciones de conventos femeninos hacia los años 1630s.

En esa época, durante la cual se sumaba a lo dicho la política del Cardenal de Richelieu, que no apreciaba las formas de vida religiosa que se autoexcluían del mundo, la religiosidad mística típica de las primeras fundaciones religiosas de comienzos de siglo fue reemplazada por el modelo de la *caritas* evangélica de Jesús (Mateo, 25, 40), ese que ayuda, enseña y es amigo de los pobres. Esta evolución fue de la mano de otra visión del mundo, de un cambio generacional, propio de la segunda generación de mujeres devotas, que no habían conocido las privaciones y horrores de la guerra civil y que no habían compartido con sus correligionarios esta onda de furor místico penitencial.

Barbara Diefendorf explica este cambio analizando particularmente las fundaciones de órdenes femeninas, sus estatutos y su presencia en el mundo hasta el periodo que sucedió a la Fronza (hacia 1650), cuando comenzó una nueva era de religiosidad católica y de ayuda a los indigentes diferente de las precedentes, ya que ella marcó el reclutamiento de hombres sobre un sector de ayuda a los más desfavorecidos, que habría contrariado particularmente a las órdenes femeninas.

En este sentido, la fundación del Hospital General en 1656, fruto de la voluntad de la Compañía del Santo Sacramento (una asociación religiosa católica únicamente masculina, pero donde dominaba el secreto) marcó no solamente el fin de una época de actividad de las mujeres sino también un cambio en el nivel de asistencia aportado a los débiles. La misma fue cada vez menos expresión de una compasión típicamente cristiana, convirtiéndose en una campaña para la reforma moral, dado que mendigos, vagabundos, prostitutas, niños abandonados y enfermos mentales comenzaron a ser reclutados en las calles para encerrarlos, incluso utilizando la fuerza si era necesario.